



# CARTAS A UN DOCTOR YANKEÉ





S A18 01234-04

SOBRE

# LA EPIDEMIA REINANTE EN VALENCIA

CARTAS Á UN DOCTOR YANKEÉ

POR

FERNANDO ANGLA

~~~~~  
**Precio: UNA Peseta**  
~~~~~

VALENCIA

Imprenta y Librería de E. Ortega

BAJADA DE SAN FRANCISCO, 11

1885



R-176868  
libro

648396

Al Exmo Sr. Du. Eduardo  
Perer Pujol, su admirado,  
y amigo

Fernando Angla



## CARTAS Á UN DOCTOR YANKEÉ

CARÍSIMO DOCTOR:

**B**BRUMADORA es la carga que sobre mí habéis echado. Dificilmente la soportarán mis débiles hombros. Mas antes de pedir auxilio á ningún Cirinco, prométoos confesaros la flaqueza de mis fuerzas, y declararme impotente para sobrellevar la magnitud de vuestro encargo.

Está muy reciente el incendio; todavía el viento de la pasión arrastra por los aires las chispas de humeantes pavesas y las bien caldeadas cenizas azotan los rostros y encienden la sangre.

Para escribir ahora la historia de la epidemia reinante en Valencia, falta tranquilidad al ánimo, todavía sobrecojido por el terror; serenidad al juicio, todavía empañado por impuros hálitos; energía á la razón, aún debilitada por el fustiguo de incesante lucha y paz á la conciencia, aún perturbada en su recojimiento por los ecos funerales de pavoroso duelo.

Apártese de mí la idea de acometer aquél intento si por ventura al leer vuestra carta ha brotado de mi imaginación, que no es de hábiles marinos encallar en la arena conociendo las sirtes del golfo.

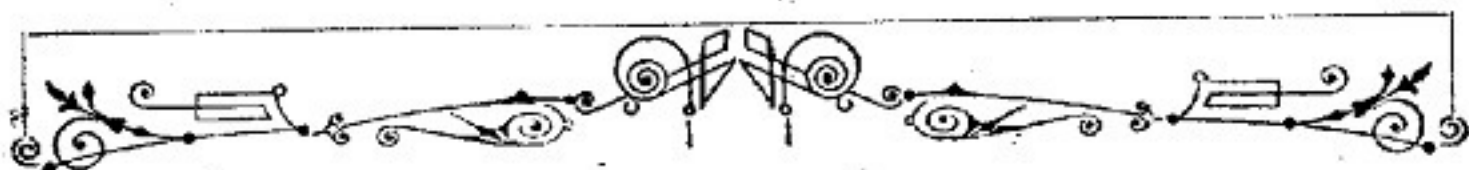
Permitidme, pues, que limite el campo de vuestro empeño tan tenazmente manifestado, y que me constriña á ofreceros un amplio esbozo de todo lo acaecido, reservándome también la libertad de hacer converger sobre determinados puntos mayor cantidad de haces de luz que sobre otros, para que la atención del observador se grave con mayor interés en aquellos perfiles y lineamentos que deban servir para conocer al primer golpe de vista y en toda su grandeza la imponente é interesante figura que voy á trazar.

Como el asunto es árduo y la materia no escasa, imposible me será de una vez remitiros todo el contingente de mi trabajo, pero en Dios y en mi ánima os juro, que, si el hilo vital no se rompe, burla burlando iré dando cima y remate á mi humilde obra y la recibiréis en forma de epístolas, llanas en el estilo, repletas de razones, nutridas de convicción y exhuberantes de verdades.

- Dignaos acojer estas cartas con la buena fe que las inspira.  
Vuestro atento servidor

FERNANDO ANGLA.





## CARTA I

### La Ciencia oficial

Merced á las decisiones del Congreso Sanitario en el que estuvieron representadas las principales potencias, quedó el cólera el año 1883 confinado en Egipto. La actitud un tanto equívoca de Inglaterra en la aplicación de las restricciones impuestas al tráfico marítimo, despertó en todos un vivo temor de que penetrase pronto aquella enfermedad en el Continente Europeo. Llegó un día de Junio de 1884 en que comenzaron á recibirse tristes nuevas de Tolón. Rujieron las naciones de espanto, el comercio contrajo súbitamente sus dilatados nervios y todas las corrientes de las relaciones sociales comenzaron á paralizar su curso. La conflagración era inevitable. ¿Quién contiene la marcha invasora del cólera?

¡El cólera! Hé aquí una enfermedad epidémica atrozmente mortífera que era entonces tan desconocida en su embriogenia, en su modo de ser primordial, como en su acción sobre el organismo, como en los remedios para su curación y como en su historia y desarrollo á través de los pueblos.

Estalla el cólera en Tolón. Algunos médicos lo declaran con firmeza. Otros lo niegan con profunda convicción. La disparidad de opiniones engendra la duda. La duda nacida al calor de los hombres de ciencia competentes para definir el dogma, desciende de las alturas y penetra y se desparrama por entre las filas de los profanos. ¿A quién



recurrir para indagar la verdad? A la fuente de don de emanan siempre aguas puras y diáfanas, como por tácito convenio aceptamos unánimemente, á la Ciencia oficial representada por las Academias.

Una comisión enviada por el gobierno francés, compuesta de MM. Proust y Brouardel llevaba en la mano la antorcha á cuyo fulgor se habían de disipar todas las discrepancias de la opinión. ¿Lo consiguieron aquellos reputados profesores? Ni siquiera momentáneamente. Bien es cierto que después de haber dudado mucho consignaron en su dictamen que la enfermedad reinante en Tolón era el cólera morbo, pero atenuaron esta afirmación diciendo que no se «conocía el origen de importación.» Frente á MM. Proust y Brouardel se levantó otra autoridad académica de más peso, la de Mr. Fauvel, Inspector general de Higiene. Este sabio impugnó el parecer de MM. Proust y Brouardel negando la naturaleza asiática del cólera de Tolón y reprochándoles el haber alarmado al país y el haber acarreado considerables perjuicios al comercio francés con la imposición de las cuarentenas en los países vecinos. Terció en la contienda Pasteur y falló que no existía razón ninguna para negar el carácter de asiático al cólera de Tolón, y que la marcha lenta que seguía entonces estaba equiparada á la que guardó en 1865 cuando fué invadida aquella población.

Terminó aquella batalla de sabios ocasionando una víctima, la de Mr. Fauvel, que presentó la dimisión de su cargo, pero la opinión pública quedó dividida como antes y envuelta entre los densos pliegues de la perplejidad más absoluta.

De nuevo aparece otro faro luminoso que servirá de guía al caminante extraviado, el Comité consultivo de Higiene. Reunida la Asamblea, y suponemos que después de pedir á los dioses inmortales que el espíritu de la Escuela de Salerno descienda sobre sus cabezas, bien en forma de lenguas de fuego, bien en la de nitida paloma, proclama que la enfermedad de que se trata «no es el cólera morbo asiático; que es un cólera benigno, no contagioso, engendrado por causas de infección local, ajenas á toda importación y á toda contaminación venida del extranjero.»

A la vista de estas conclusiones ¿qué hacer? ¿qué pensar? ¿qué decir? No *cabia* vacilación. La enfermedad de Tolón era el cólera esporádico desarrollado allí por causas puramente locales. Una buena parte de la prensa médica defendía la tesis «que la epidemia cesaría pronto y limitaría su campo de invasión.»

Una vez más se equivocaron los sabios, pero sus juicios no des-

truyeron el instinto popular que con su asombrosa fuerza de intuición comprendió desde el primer momento que el implacable y feroz tirano del Ganjes iba á emprender su luctuosa marcha triunfal por Europa.

Ahora bien, ¿qué fundamentos reconoce una tan inopinada equivocación en hombres de verdadera y reconocida valía científica? No acertamos á indicarlos siquiera. Las suposiciones sobre que podrían descansar aquellos son tan vagas, tan incoercibles, tan extrañas, que la mente las rechaza por inverosímiles y por absurdas.

El cólera morbo asiático no es una enfermedad nueva. Dejemos á un lado, como bagaje inútil, cuanto se diga sobre si los antiguos autores griegos ya conocieron aquel mal, sobre si el escritor portugués Gaspar Correa describe una epidemia observada por él en Goa (1543), y cuyos detalles característicos concuerdan perfectamente con los del cólera morbo asiático, y vengamos al siglo presente. La primera invasión del cólera en España acaeció el año 1833. ¿De dónde traía su origen? ¿Había nacido allí por generación misteriosa? No; aquella epidemia con todo su cortejo de desolación y de ruina venía segando vidas desde 1817, en que el Asia y el Africa primero, Europa después, pagaban enorme y onerosísimo tributo bajo la amenaza de la implacable guadaña, que, á guisa de cetro, empuñaba en su diestra aquel Rey del Delta del Ganjes, á quien nadie había elegido y á quien todos han maldecido. Jassore y Patna en 1817; Calcutta, Bombay y Madras, en 1818; todas las poblaciones de las costas del golfo Pérsico en 1820 y 21; la Persia y la Armenia en 1822; el Cáucaso y la Georgia en 1823, y más tarde Astrakan en 1829; Moskou en 1830; San Petersburgo en 1832, y Varsovia en 1833 rindieron al audaz viajero el homenaje de la muerte.

De Varsovia extendióse el cólera á Dantzig, Berlin, Hamburgo y Alemania toda fué presa horrible de la epidemia. De Hamburgo fué importada ésta á Sunderland; de aquí á Edimburgo, y el 10 de Febrero se presentaba, por vez primera, en Londres. De la Gran Bretaña fué trasportado el cólera á Quebec, á Calais y á París.

De modo que cuando el cólera apareció en 19 de Enero en Vigo, y en Huelva el 9 de Agosto de 1833, hacía diez y seis años que iba sembrando por ciudades y villas los gérmenes de una destrucción más aterradora mil veces que las hecatombes producidas por los ejércitos conquistadores de Ciro y de Alejandro.

España, Francia, Suecia, Italia, el litoral Africano hasta el Egipto y la Nubia y Baviera, fueron simultánea ó alternativamente, hasta

1837, recibiendo en sus territorios el triste legado que, á su paso por ellos, iba dejando en pos el invisible viajero del Ganjes.

Para no fatigar vuestro ánimo con el relato de las asoladoras excursiones realizadas por el cólera desde aquella fecha, ora cruzando los mares, ora trasponiendo inmensas cordilleras, bien cobrando el diezmo en las populosas metrópolis, bien espigando los séres en los poblados de las plácidas campiñas, omitiremos nombres y fechas para volver pronto á nuestro punto de partida que es Tolón en 1884.

Si era el cólera morbo-asiático la enfermedad que á mediados de Junio se desarrolló en aquella ciudad, ¿cómo lo negaban la mayoría de los médicos, sobre todo los que representaban la ciencia oficial? Una enfermedad que desde el año 1817 viene reinando epidémicamente en varias naciones y endémicamente en alguna región, debe tener y tiene una forma de manifestación característica, un síndrome completo, claro y perfectamente definido, que la permita diferenciarse de todas las demás enfermedades. Así debe ser y así es en efecto. La gravedad aterradora del mal de una parte, de otra, la invencible insistencia en mantenerse enseñoreado de este ó aquel país, han hecho que médicos de todas las partes del globo lo hayan visto, estudiado y enseñado los medios de distinguir y conocer el cólera morbo-asiático. Desde Malgaigne que en 1832 marchó á Varsovia, y los doctores españoles Folch, Sánchez Núñez y María Rubio al Norte de Europa en 1833, hasta Koch con sus viajes á la India en estos últimos años, son muchos los médicos eminentes que han abandonado su hogar para correr á lugares remotos á estudiar el cólera. ¿Qué faltaba, pues, para que la opinión médica diagnosticase con indubitable precisión la naturaleza de la enfermedad? Conocer su origen de importación.

Extraño es, en verdad, que tantos hombres de talento reconocido no acertaran desde el principio con el medio que había servido de vehículo á la enfermedad, sabiendo que era Tolón el punto á donde regresaban directamente las tropas expedicionarias al Tonkin.

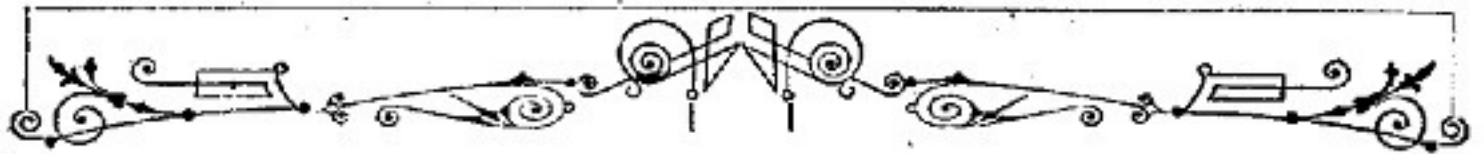
Fijáranse un poco en esto y no hubiesen calificado burlescamente la enfermedad de *peste Tonkinesa* y de *cólera Ferry*. Otros, fueron más reflexivos y atentos observadores y descubrieron que los buques *La Sarthe* y *Ving-Long*, habían importado el cólera á Tolón. Esta enfermedad se padece endémicamente en la Cochinchina Baja. Aquellos buques salieron el 6 de Marzo de Saïgon para Tonkin, con objeto de llevar víveres al cuerpo expedicionario, y tuvieron que sufrir cuarentena por haber tenido á bordo algunos casos de cólera. Ciertamente que á

su regreso á Tolón fueron admitidos á libre plática porque traían patente limpia. El caso no era nuevo. En todo tiempo y casi diariamente sucede lo mismo en todos los puertos de mar, lo cual habla muy *alto* en favor de las patentes sanitarias. ¿Por qué dudar, pues, de que hubiesen sido los buques *La Sarthe* y *Ving-Long* los importadores del cólera á Tolón? ¿Por ventura no recordaron lo sucedido en Marsella el año 1865? A esta ciudad, emporio del comercio, arribó el 28 de Junio de 1865 con patente limpia el buque *Monk-biri-Susur*. Procedía de Constantinopla á la sazón atacada del cólera. Había empleado cinco días en la travesía sin que la tripulación tocase en ningún punto de tierra. Comenzada la descarga y no bien descansaron la mitad de los géneros sobre los muelles, ingresaban ya doce atacados de diarrea en el Hospital de la Marina, y de los cuales falleció uno en la noche de aquel mismo día. Poco después, la población entera estaba infestada.

Con este y otros antecedentes análogos que ámpliamente nos ofrece la historia de la epidemiología, ¿cómo pudo ocultarse á la investigación y perspicacia de tanta lumbrera médica que la importación del cólera á Tolón podría ser real y positiva, bien se hubiese efectuado por mediación de los buques llegados de la China, bien por otro conducto que por el momento pudiera ser para todos y de todos ignorados?

El hecho evidente fué que se manifestó el cólera en Marsella á la manera como podría un ejército sitiador asaltar una ciudad, sin lucha y sin efusión de sangre, mientras los sitiados reunidos en general Asamblea estuviesen discutiendo la fuerza numérica del enemigo y quitando valor á la importancia de sus pertrechos y máquinas de guerra.





## CARTA II

### El Régimen cuarentenario

Transportado de Tolón fijó su planta el cólera en Marsella. Un rayo de luz atravesando densas nubes preñadas de muerte se reflejó tibiamente en todas las inteligencias. Los viejos penates de la Francia, Fauvel, Proust, Rochard, Brouardel y el comité consultivo de Higiene, todos habían sido arrancados por la mano del descrédito. Pero las circunstancias no eran abonadas para promover censuras, sino más bien para otorgar perdones. Nunca como en los momentos en que un peligro de muerte bate sus cenicientas alas sobre nuestras cabezas, está el corazón del hombre inclinado á los sentimientos tiernos, entre los que se levanta erguido el amor al prójimo. Parece como que la vida, mal segura de su propia existencia, se agarra al suelo y busca que sus raíces se entrelazen con las que tiene más próximas para que el vendaval furioso de la tempestad desencadenada, no desgaje ni derribe el tronco y con él la esperanza de ópimos frutos.

La epidemia se extendía por Marsella, y el cólera continuaba siendo una enfermedad, como tantas otras, oscura por su naturaleza, por su desarrollo y por su resistencia á toda acción terapéutica. Reinaba profunda anarquía en el campo de la medicina, informada aquella por la diversidad de escuelas y por la multitud de teorías que el ansia natural de saber amontona siempre sobre todo lo desconocido. No obstante prevalecía la idea de que el cólera era producido por una

causa específica. Una palabra que después de la de Dios es la que más veces han repetido todos los labios desde hace un año comenzó á escucharse por doquiera. Ella sirvió de tema á todas las deliberaciones, á todas las polémicas, á todas las disputas de las tertulias amistosas, á toda conversación en la plaza pública y á todo coloquio en el seno de la familia. Un sabio, enviado por el gobierno alemán á Tolón afirmaba que conocía el agente productor del cólera y lo refería á un *bacilo en forma de coma*. Era un MICROBIO, pues, un ser cuya presencia es inaccesible á nuestros sentidos, uno de esos habitantes que pueblan ese mundo sin medida que se llama de lo infinitamente pequeño y que se revela á nuestros ojos á través de las lentes del microscopio, el autor de tantas hecatombes que la humanidad llora con ardientes lágrimas porque ve que sólo el rocío de sus ojos fecunda el manantial de donde brota la fuente del anhelado y necesario consuelo.

Koch proclamó en Tolón su descubrimiento y no lo hizo á la manera latina sino al modo sajón, sin aparato, sin solemnidad y sin pompa, pero con firmeza, con gravedad y con plena convicción. Y aquí sentarán bien por lo pertinentes algunas disquisiciones. Es bien seguro que si un doctor francés, italiano, español y no digamos portugués, se hubiese encontrado en idéntica situación á la del Dr. Koch en Tolón, se hubiera comportado muy distintamente de como éste lo efectuó. Importa saber que el Dr. Koch fué recibido con frialdad en Tolón, se le escuchó con indiferencia, se le interrogó con desabrimiento y se le censuró sin piedad. Todo esto no hizo mella en el ánimo de Koch. Sereno y con la imperturbabilidad propia de su raza, seguía afirmando que el *coma-bacillus* era la causa productora del cólera. Parecía Galileo frente á sus jueces repitiendo *é pur si muove*. No pronunció largos discursos, ni publicó folletos y artículos, y hasta esquivaba toda discusión pretestando que no poseía bien el idioma del país. Otro en su lugar, seguro de su descubrimiento ó teniendo el convencimiento firme de que era tal, hubiese fatigado su laringe y hecho sudar las prensas para decir en todos los tonos y difundirlo; «*tomad eso.*» Koch parece que se limitó á decir, «*abi queda eso.*» Y fenómeno curioso y nuevo en la historia. Ocho meses más tarde, en toda la redondez del globo se creía en la causa específica del cólera y en que un MICROBIO era el agente productor. Los partidarios sistemáticos de la duda podrán negarlo todavía, pero estos han sido, son y serán el elemento negativo de la humanidad, tan indispensables

para la vida intelectual y para la marcha del progreso, como los elementos positivos, propensos siempre á acoger y á encerrar en el fondo de su convencimiento toda idea nueva que brote, todo invento que nazca y todo descubrimiento que luzca. Hay seres predispuestos á la negación por aberraciones naturales de sus facultades ó de sus sentidos, y los hay también formados por cálculo, toda vez que es sobrado fácil singularizarse, oponiéndose á la corriente general, pues siempre queda á su favor el mérito que se contrae al luchar contra fuerzas poderosas, siquiera estas acaben por arrollar al impulso que mantenía la resistencia. Al calor de estas antinomias viven y prosperan las grandes verdades, necesitándose muchas veces pasar por el Calvario antes de llegar al Tabor para que resplandezca y transfigure el verbo encarnado.

Koch se trasladó á Marsella para proseguir sus estudios sobre el cólera por encargo del gobierno alemán. Allí continuó afirmando que el *bacillus-coma* producía el cólera y sosteniendo que «el aire no entra para nada en la trasmisión del cólera, sino cuando está muy humedecido y que principalmente penetra por la boca con la ingestión de los alimentos y de las bebidas.» También allí se excusó de entablar discusión en la conferencia celebrada en el hospital Pharo. *Abi queda eso* y dejó una teoría que, como decíamos, pronto ha dado la vuelta al mundo. La opinión médica comenzó á pronunciarse en sentido de la doctrina de Koch, pero una buena parte de la prensa, acordándose sin duda más de Sedán que de la ciencia cosmopolita, agitó los cascabeles del histrión y aturdió con su maleante ruido por espacio de algún tiempo, á los ánimos embebecidos en la contemplación de aquella incruenta batalla que libraban el principio nuevo y la espesa amalgama de añejos principios que todavía estaban en voga.

Continuaba imperando la duda que se hallaba ya extendida por todas las clases sociales y había penetrado en los alcázares de los gobiernos. ¿Qué providencias deberían estos adoptar para contener la marcha invasora del cólera y evitar su importación al propio y respectivo país? Para un gobierno, lo más elemental en casos tales, es cumplir y hacer cumplir las leyes. Estas en el ramo sanitario afectan un carácter análogo en todas las naciones. Y aquí vamos á hacer resaltar uno de los fenómenos más curiosos que registran los anales de la legislación. Concretémonos á España. Rije aquí el sistema cuarentenario, y como consecuencia de éste el aislamiento y la desinfección. Si la causa del cólera reside, como se creía antes por la generalidad

en la atmósfera y es producida por un accidente telúrico, por un estado eléctrico, por miasmas que mantiene el aire en suspensión, etc., ¿podrá decirnos alguien para qué servían las cuarentenas? ¿cuál era el fundamento científico en que se apoyaban? ¿dónde se había probado la eficacia de su establecimiento? Las cuarentenas, en concepto nuestro, no han tenido razón de ser hasta que se ha descubierto la causa específica del cólera. Si esta enfermedad se propaga de un punto á otro, lo realiza mediante el contacto de hombre con hombre ó con materia que por su estructura sea susceptible de retener y de transmitir los gérmenes. Estos, por otra parte, necesitan de un medio adecuado para evolucionar y desarrollarse; luego es perfectamente lógico preestablecer que aislando al primer invadido y rodeándole de las precauciones que los recientes adelantos de la ciencia aconsejan, es posible atajar el curso de la enfermedad. De aquí surge naturalmente una cuestión, ¿admite alguien que el poder público, la administración, pueden aplicar en *absoluto* el régimen cuarentenario? Nadie habrá tan optimista, de seguro, que conteste afirmativamente. Por esto, nosotros creemos y sustentamos que desde el punto y hora en que se reconoce *impracticable en absoluto* el sistema cuarentenario debe abolirse, que es lo que se haría con todas las leyes penales, civiles y administrativas en cuanto se adquiriera la plena convicción de que eran de todo punto inaplicables.

Pudo muy bien el ministro de la Gobernación haber reflexionado sobre esta materia antes de decidirse á plantear el régimen cuarentenario con actividad tan desusada y con rigorismo tan vehemente, que llamaron la atención de todo el mundo, pues los gobiernos españoles solo despliegan aquellas facultades cuando de ganar unas elecciones generales tratan, y es bien seguro, que si el Sr. Romero Robledo, por inspiración propia ó asesorado de persona ducha, hubiese meditado un poco sobre la gravedad de sus medidas y sobre la revolución económico-social que iba á producir en la nación, no se habría lanzado por el camino de las aventuras cantonales sanitarias al término de las que sólo ha encontrado sepultura para su cartera y la reprobación unánime del país.

¿Acaso el Sr. Romero Robledo no tenía buenos ejemplos que imitar? ¿No había precedentes honrosísimos que le marcaran un rumbo distinto? Si con cuarentenas y sin ellas, el cólera ha penetrado en España en todas las invasiones generales, la noción primordial de gobierno hubiera debido ser, la de plantear un procedimiento que armo-



nizara los intereses de la salud pública con los del comercio y de la industria, nervios principales de la vida de un pueblo.

A este propósito debemos recordar una frase de Mde. Staël; «lo antiguo aquí es la libertad, lo moderno el despotismo.» Efectivamente, si nos remontamos á la primera epidemia de cólera que asoló el territorio español, encontraremos disposiciones como ésta que extractamos á continuación: «Los funestos resultados que ocasiona á los pueblos la incomunicación con Madrid y conformándose S. M. con el parecer de la Junta Suprema de Sanidad, se ha dignado mandar que los pueblos así infectos como sospechosos, ya sean de una misma provincia, ya de distintas, *abran y conserven francas y expeditas sus relaciones* y que no puedan *impedir esta libertad de comunicaciones*, sino aquellos que se hayan mantenido y continúen en estado de perfecta salud, los que al incomunicarse deberán hacerlo con el *tino propio* para conciliar el buen resultado de esta medida con los demás objetos de primera atención é interés para los mismos pueblos.»

Esta Real orden fué resultado, no tanto de una necesidad sentida y reclamada por los pueblos como del espíritu previsor, armónico y *gubernamental* del consejero Moscoso y de la Junta Suprema de Sanidad. Adviértase que dos meses después, en 24 de Agosto, se dictaba otra Real orden imponiendo la *disolución de los cordones* sanitarios, exceptuando á SS. MM. y A. la serenísima señora infanta doña María Luisa Fernanda, solo porque, fijense bien en ésto los actuales partidarios del sistema cuarentenario de rigor, «*ante tan augustos y caros objetos ninguna atención merecen las reglas comunes sobre los perjuicios de las incomunicaciones sanitarias.*»

El buen sentido de aquellos gobernantes otorgó entonces al comercio y á la industria lo que estas ramas potentes de la actividad humana no han podido conseguir del Sr. Romero Robledo en estos venturosos tiempos de la consagración de las libertades individuales y del derecho de petición y de representación.

Llegamos al año 49, y de nuevo se ofrece el consolador ejemplo de que un ministro, el conde de San Luis, apoyado en la Real orden de 1834, que calificaba de *inútil* el sistema de aislamiento porque «*paralizaba el tráfico é imposibilitaba el conveniente abastecimiento de los pueblos*» y asesorado por la experiencia, prohiba el establecimiento de cordones, lazaretos ó cuarentenas de ninguna clase en los pueblos de las respectivas fronteras y encargue muy particularmente á los gobernadores «de proteger y hacer que se proteja la libre circulación de

todos los pueblos entre sí y de evitar que por dicho motivo se cause la menor vejación á los viajeros.»

Así como despierta placer inmenso en la errante caravana que cruza el desierto, el inesperado hallazgo de una fuente que refresque las abrasadas fauces, ó así como deleitan y excitan la imaginación de un viejo los recuerdos de su pasada juventud, poetizados con los frescos matices de la rosa, así acojemos nosotros ahora la lectura de aquellas Reales órdenes que tan duro contraste forman con las dictadas por el Sr. Romero Robledo, y que sólo han producido perturbación en los pueblos, molestias en las familias, interrupción en las relaciones mercantiles y la consiguiente ruina del país.

Llegamos al año 1854, y otra vez se presenta á nuestra vista un ministro, Santa Cruz, empapado en las sanas y patrióticas ideas de que el sistema coercitivo y de cordones sanitarios, para impedir la invasión del cólera morbo asiático, produce efectos contrarios á los que se trata de obtener, «porque aumenta la desolación en los pueblos atacados, privándoles de los artículos de primera necesidad, introduciendo la alarma, el desconsuelo y la aflicción de espíritu en los pueblos que se hallan libres de la epidemia, causas todas que son bastantes á predisponer al desarrollo de la enfermedad de que intentaban huir.»

Apliquemos razonalmente á esta fase de la cuestión sanitaria, la frase de Mme. Staël: «lo antiguo aquí es la libertad, lo moderno el despotismo.»





## CARTA III

### Los falsos émulos

Imperaba el cólera en Tolón y Marsella. España comenzó á plantear un sistema cuarentenario de rigor, así por la vía marítima como por la terrestre. Creía firmemente el Sr. Romero Robledo que los lazaretos de Mahon y Vigo y los cordones de las fronteras, serian parte poderosa á impedir la importación del cólera. Tal idea le habían imbuido sus consejeros de la eficacia de aquel procedimiento, que en aplicar éste puso uno de los mayores empeños de su vida. ¡Triste condición la de un pueblo que fia sus destinos á gobernantes que han escalado el poder por su audacia y á quienes falta la ilustración necesaria para no ser regidos de continuo por el consejo ageno. Indudablemente, el señor Romero Robledo no conocía ningún tratado de epidemiología é ignoraba quizás la historia de la invasión colérica en España durante épocas anteriores. Entregóse en cuerpo y alma á quienes más atentos á su particular y estrecho criterio, que á las miras y consideraciones altísimas que un ministro debe siempre al país, infundieron en el ánimo del Sr. Romero Robledo la conveniencia de adoptar un régimen sanitario enérgico, y á partir de este punto, se inició en todo el comercio de la nación una profunda crisis económica que los sucesos han agravado, que el desarrollo de la epidemia mantiene subsistente, y cuyo desenlace y feliz terminación serán laboriosos, tardíos y de irreparables consecuencias.

Bastó que se diera la señal desde lo alto del ministerio de la Gobernación, para que enseguida todos los Gobernadores, todos los Alcaldes y todas las Juntas de Sanidad, así provinciales como municipales, secundaran con tanta fuerza las disposiciones ministeriales, que á muchas de aquellas autoridades el vigor del impulso las sacó fuera del carril que *La Gaceta* les trazaba. Desde este momento, y roto ya el vínculo de la obediencia estricta á las leyes, la anarquía reemplazó á la autoridad; y la nación, *una è indivisible*, se desmembró en pedazos como en los primeros tiempos de la Reconquista. Un cantonalismo de esta suerte y por tan extraño modo establecido, había de producir forzosamente una perturbación completa en las familias, una paralización inmediata en el tráfico, una suspensión rápida de todo concierto mercantil y una herida profunda en los intereses económicos nacionales.

Para apreciar bien la situación creada entonces, no se pierda de vista que las inclinaciones fetichistas de nuestro pueblo y la carencia de una poderosa iniciativa individual, rectamente inspirada y libremente ejercida, hacen que en todo tiempo ó nos entreguemos con fé á seguir el rumbo que el poder nos marca, ó nos encerremos en una pasividad absoluta y dejemos correr las cosas por donde las llevan otros sin oposición ni protesta ninguna. Existe también muy arraigado en nuestro pueblo otro defecto que es común á muchos y quizá por esto es algún tanto disculpable quien lo posee y lo manifiesta. El defecto á que nos referimos, es el de ciertas inteligencias mediocres que no encuentran otra forma de exhibirse y de brillar que extremando y exajerando mucho todo aquello que ven hacer ú oyen decir á los que en su fuero interno juzgan como seres superiores que les aventajan en discreción y talento. Abundan tanto en la sociedad los hombres de este temple, que en cualquier círculo donde se reunan media docena de personas, encontraréis quien apropiándose las ideas que vierte alguno de los interlocutores, las repite como salidas de su magín, y como estaban mal grabadas, las retuerce, las desfigura, y sobre todo las aumenta para imprimirles mayor color y proporciones.

Algo análogo acaeció en Valencia. En cuanto el Gobernador conoció de qué temperamento estaba el ministro, y el Alcalde supo cómo pensaba el Gobernador y el Jefe del cuerpo de Salubridad municipal comprendió las aspiraciones del Alcalde, se unieron los tres, y juntos por sí y separados entre sí, se consagraron á secundar la política sanitaria del ministro de la Gobernación, con más ardor y con

más vehemencia que si aquella hubiese sido parto feliz de su inteligencia.

Así que, en orden á desplegar aparatoso rigor en la imposición de cuarentenas, en la erección de lazaretos y en la formación de cordones sanitarios, ninguna otra provincia nos alcanzó en nuestra vertiginosa carrera. Hasta rompimos las lindes que separan á esta provincia de la de Alicante, para estrechar el cerco á los pueblos infestados de Novelda, Elche, Aspe y Monforte, y aprisionar allí el cólera morbo asiático, y ahogarlo en su cuna.

Fuimos en realidad, según la frase vulgar, más Papistas que el Papa, y si el Sr. Romero Robledo leyó el 12 de Julio en Consejo de Ministros un informe de *eminencias facultativas*, cuya opinión era que «el cólera de Tolón y de Marsella estaba muy degenerado y adolecía de la falta del vigor inherente á los gérmenes de esta epidemia;» aquí se aseguraba en todos los tonos y en todos los sitios que, «con los recursos que se estaban empleando, no nos visitaría el cólera.»

Era deplorable la confianza ciega que se tenía en la eficacia de los cordones. En 28 de Junio se resolvía acordonar las fronteras; en 4 de Julio se prohibía entrar en España cueros, lanas sucias, aves y ganados; en 6 de Julio se aconsejaba á los gobernadores un estrechado rigor sanitario, y en 6 de Agosto se ordenaba «redoblar la vigilancia en los cordones como medio seguro de evitar la importación del cólera.»

A pesar de tanta imaginaria valla puesta al cólera, éste penetró por asalto en el puerto de Alicante, merced á un Don Opas en forma de celador del lazareto, y á una moneda de á cinco duros. Un buque trajo el cólera á España el año 1833 (1); un buque trajo el cólera á España el año 1853; y un buque trajo el cólera á España el año 1884. En las restantes invasiones ha penetrado la epidemia por la vía terrestre.

¿Creyeron de buena fe, principalmente el Ministro de la Gobernación y el Gobernador de Valencia, que por medio de las cuarentenas, lazaretos y cordones evitarían la importación del cólera? Ignorancia supina y bobada insigne. ¿Podrían ambos presentar un solo ejemplo de nación que se hubiese librado del cólera *merced* al régimen cua-

---

(1) El primer invadido de cólera que ha habido en España, se llamaba Francisco Conde.

rentenario? Ni una sola, porque no hay medio coercitivo bastante eficaz y seguro para que el aislamiento sea tan verdadero que por entre las mallas de esos cordones no escape alguno por astucia ó por la venalidad de los sitiadores.

¿Tiene España suficiente ejército para cerrar el paso á todo el mundo por sus dilatadas y accidentadas fronteras, estableciendo una cuádruple y compacta fila de soldados que forme un cordón impenetrable?

No objete nadie á esto que es tarea fácil la de censurar las disposiciones sanitarias dictadas por el señor Romero Robledo y extremadas por el gobernador de Valencia, ahora que los resultados tristísimos que tocamos han venido á condenarlas, no; porque la experiencia, esa madre de los conocimientos humanos, la tradición gubernamental siempre respetable y los últimos adelantos de la ciencia, todo de consuno pregonaba á voces que el sistema cuarentenario empleado era ineficaz y absurdo.

Casi al propio tiempo que nuestro ministro de la Gobernación sostenía en el Consejo la bondad y el resultado próspero de los acordonamientos, decía Jules Guerin en la Academia de París refiriéndose al régimen cuarentenario: «Esas disposiciones sanitarias empleadas hoy pueden considerarse como instituciones caducas que se reemplazarán algún día por el sistema de prevenciones adoptadas dentro de los domicilios.» Por aquel entonces, interrogados Pasteur y Koch, habían lanzado su programa higiénico en el que no entraban para nada los lazaretos y los cordones.

A pesar de los cordones en la frontera y de las cuarentenas marítimas, el cólera penetró traidoramente en Novelda y en Alicante, y en algún pueblecillo de la provincia de Lérida y en el delta del Ebro, y por último en la provincia de Valencia.

¡Valencia! Una calamidad horrible nos afligia. Recios y prolongados temporales habían desbordado algunos de nuestros principales rios y la corriente impetuosa de las aguas, rompiendo diques, inundaba nuestras feraces campiñas y destrozaba nuestras ricas villas. En medio de la mortal congoja producida por aquellos desastres sin cuento aparece el cólera el día 11 de Noviembre á nueve leguas de Valencia, en el pueblo de Beniopa. Si el hecho en sí no envolviera la condenación más absoluta de la política sanitaria del gobernador de esta provincia, ¡á cuántas censuras no daría margen! ¡qué capítulo de cargos se le podría dirigir! Y sin embargo, rubor causa decirlo. Una persona como

el gobernador de Valencia, sólo por el prestigio de la autoridad que ejercía, falseó con sus actos la opinión y se creyó por algún tiempo que realmente había contribuido con sus medidas á impedir que nos visitase el cólera. Creencia falaz que grabaron en un bastón de mando, emblema de autoridad y regalado al gobernador por algunos amigos, por los mismos quizá que habían de convertir después aquel bastón en cetro de caña como símbolo de irrisión y de escarnio. Y es que toda aquella fiera independendencia de que blasonamos, ó se agotó en las calles de Zaragoza, ó delante de los muros de Gerona, ó en los campos de Talavera y Bailén, ó la reservamos tan sólo para defender de audaces conquistadores el pedazo de suelo en que nacimos ó el breve espacio de tierra que guarda los huesos de nuestros padres. Porque en todo descúbrese á cada paso una sumisión completa á cuanto se levanta sobre nuestras cabezas un simple codo. Importa no confundir la obediencia con la sumisión. Aquella es un deber moral y social cuando se presta á la autoridad por virtud de leyes establecidas y aceptadas por los hombres ó por la naturaleza; pero ésta, la sumisión, encierra siempre la abdicación de nuestro criterio y de nuestra voluntad en aras del más fuerte, lo cual aplicado á nuestras costumbres no revela sino que aún no ha desaparecido la influencia legada por los bárbaros tiempos del feudalismo.

La cosa, además, tiene otra explicación. Las Juntas de Sanidad son unas corporaciones puramente consultivas. Mas sus consejos tienen gran fuerza en la opinión. Como los individuos componentes de dichas Juntas son propuestos por los gobernadores y por los alcaldes respectivamente, es ocioso decir que la mayoría de ellos se inspira siempre en las ideas del alcalde y del gobernador. En este país donde se cotiza á precios fabulosos la adquisición de una encomienda ó de una gran cruz, de algo que dé derecho á ostentar un cintajo ó un botón en el ojal de la levita, es preeminencia muy codiciada la de pertenecer á una Junta de Sanidad.

De aquí que las Juntas de Sanidad de Valencia hayan estado siempre al lado del gobernador poniendo un escudo á sus actos para que los dardos de la opinión se embotaran en su concha.

Así se vió que habiendo modificado el ministro de la Gobernación el sistema de acordonamientos, la Junta provincial de Sanidad, inspirada por el gobernador, exponía al gobierno pidiendo que se derogara la orden del ministro, á pesar de que el artículo 58 de la ley prescribe que «cuando circunstancias especiales aconsejasen algunas

medidas coercitivas interiores, el gobierno dispondrá el modo con que deben ejecutarse.»

Por manera que el gobernador de Valencia quiso ser y fué en efecto más partidario de las cuarentenas, de los lazaretos y de los acordonamientos que el mismo Sr. Romero Robledo. El gobernador de Valencia demostró que pertenece á aquella categoría de hombres que al secundar el pensamiento de otros extreman su aplicación, lo exageran y lo desvirtúan de tal modo, que no lo conoce ni el mismo iniciador.

No se eximió, pues, esta provincia de tener en su territorio hospedado el cólera y un pueblo tan insignificante como el de Beniopa fué el que puso la rúbrica al pie del documento en el que la razón, la lógica y la historia condenaban la política sanitaria aplicada por el gobernador de Valencia.







## CARTA IV

### El Gran acordeonador.

Enseña la historia de la epidemiología que cuando el cólera se ha presentado un año en un punto y por causas especiales no ha adquirido gran desarrollo, renace en el siguiente con fuerza y extraordinario vigor. Eso enseña aquella gran maestra de la vida, pero sus enseñanzas son completamente estériles para quien no la lee y no la estudia, y por consiguiente no la conoce. Tal sucedió con el gobernador de Valencia. Arrullado por las desatentadas lisonjas de una cohorte de aduladores se olvidó del cumplimiento de sus deberes como autoridad y se entregó al *dolce far niente* en la cuestión sanitaria. ¿Adoptar preventoras medidas para impedir que retoñase la epidemia? Quede eso, diría el gobernador, para ignaros mandarines que se preocupan del bien del país y atentos siempre á la voz de la opinión discurren, vigilan, inquietan y piden consejo para buscar los medios de atender los servicios que se contienen dentro de la esfera de sus atribuciones. Para el gobernador de Valencia, un bastón, una placa, eran toda la recompensa á que aspiraba. ¿El aplauso público? Humo vano.

Para nadie era un misterio que el cordón de Beniopa había sido como todos los cordones, una farsa ridícula y que entre otros, que entraban y salían en la población cuándo y como les placía, más de doscientas personas habían marchado á un pueblo inmediato, que estaba de fiesta, según creemos, para regresar por la noche á sus casas.

Para nadie era un secreto que durante los meses de Diciembre, Enero y Febrero, se habían presentado en algunos pueblecillos de la huerta de Gandía casos *sospechosos*. Toda Valencia lo sabía, toda menos el gobernador.

Y trascurría el tiempo y todos temíamos porque todos presagiábamos la tormenta, y transidos de frío por las nieves, no deseábamos que llegara el calor porque creíamos que en sus vibrantes átomos esparcería por doquiera gérmenes de muerte.

Todos esperábamos con espanto,—¡suceso inaudito en Valencia!— que los rayos de sol de la naciente primavera vivificasen no solo las plantas y las flores; sino también las semillas del cólera arrojadas en campo fértil y no destruidas por la incuria de la autoridad superior de la provincia.

Nada hizo el gobernador durante tres meses para prevenir el desarrollo de la epidemia que había quedado amortiguada, pero no extinguida en la huerta de Gandía, nada, si esceptuamos el haber tramitado una moción del Ayuntamiento encomiando los servicios prestados en *circunstancias azarosas* por el inspector de Salubridad municipal.

¿Acaso creía de buena fe el señor Gobernador que el cólera había sido ahogado en Beniopa? No; porque la presentación de casos *sospechosos* durante el invierno en la huerta de Gandía probaban lo contrario. ¿Alegaría por ventura que no tenía conocimiento oficial de aquellos casos? ¿Buena iría la gobernación de los pueblos si los ministros y las autoridades no proveyesen al cuidado de otros negocios que aquellos que les fuesen comunicados oficialmente!

Sucedió al fin lo que todos habíamos previsto, lo que era perfectamente natural y lógico cuanto sensible, que brotada la chispa de Beniopa, prendería en alguna parte y que toda la nación sería un reguero de pólvora. Efectivamente, el día 20 de Marzo se presentaron algunos casos de cólera en Játiva, y aquí empieza una serie de actos de la autoridad que en su día juzgará severamente la historia.

Comienzan á venir gentes de Játiva y empíezase á recibir correspondencia de aquella ciudad. Todos convienen en que se ha desarrollado una enfermedad análoga al cólera y que ha producido ya algunos víctimas. La alarma se extiende é invade todas las capas sociales. Todo el mundo se interesaba por conocer la opinión de los facultativos de Játiva y pronto el nombre de cólera-morbo corre por todos los labios. La prensa, centinela avanzado de la opinión, se hizo eco de

aquellos rumores, y á su excitación se envió un delegado especial á Játiva. Ya tenemos otra vez puesta sobre el tapete la ciencia oficial. Ya tenemos de nuevo en juego á esos individuos que con el título de médico debajo de un brazo y con la credencial de empleado debajo del otro, salen del despacho de una autoridad para marchar á las poblaciones á *diagnosticar* enfermedades con arreglo á la patología de las conveniencias gubernamentales. Y aquí salta á la vista involuntariamente el nombre de Tolón. ¿Se reproduciría aquí lo acaecido en Tolón? ¿Y cómo no? Salió á Játiva el delegado oficial, y á poco de estar en la población ya telegrafaba que reunida la Junta de Sanidad é inspeccionados por él los enfermos que pudieran calificarse de sospechosos no existía *ninguno* atacado de cólera-morbo.

Quede también para la historia la averiguación de cómo habiendo los médicos de Játiva manifestado antes, que la enfermedad en cuestión era el cólera morbo, ahora el Sr. Delegado, de acuerdo con la Junta de Sanidad, afirmaba rotundamente que ninguno de los enfermos *sospechosos*, inspeccionados por él, padecía el cólera.

Se creyó, pues, en las regiones oficiales ó se aparentó creer, que no estaba en Játiva el cólera. La opinión siguió manteniéndose en la creencia contraria, y cuanto más afirmaban ciertas autoridades que no existían casos de cólera en Játiva, más se aferraba aquélla en su parecer.

Reunióse en 30 de Marzo la Junta provincial de Sanidad, y también en el seno de ésta dominó la idea de que la enfermedad reinante en Játiva no era el cólera. Ya hemos explicado en otro lugar hasta dónde alcanza el grado de independendencia de las Juntas de Sanidad y el valor que para nosotros tienen todos sus consejos á las autoridades á quienes deben su nombramiento.

Diez días hacía que la ciudad de Játiva estaba azotada por aquella epidemia de una enfermedad *desconocida*, y ni siquiera se le había ocurrido á la autoridad adoptar ninguna medida higiénica, un poco eficaz, ni tampoco establecer un hospital á donde fuesen conducidos y aislados aquellos enfermos de *gastro-enteritis* y *gastro-enteritis coleriforme* que en proporción creciente iban presentándose de continuo.

Lo importante para el Gobernador era lucir el día 2 de Abril, en la visita hecha á los Sagrarios, la placa y el bastón de mando que le habían regalado.

¿Qué importaba que el *cólera* germinase en Játiva, y que sus mortíferos frutos se extendiesen después por toda la península?

Necesario fué que la prensa tocase de nuevo el pito de alarma y que condenase el *statu quo* del Gobernador para que éste se decidiese á marchar á Játiva, como lo efectuó el día 4 con todo el aparato que el argumento de la comedia, después convertida en tragedia, requería.

¿Qué vió en Játiva el Gobernador? ¿Qué oyó? ¿Qué le contaron? No lo sabemos á punto fijo, pero sí, que sacudió un poco su pernicioso letargo, se acordó en seguida de quién había sido, del bastón de mando que le habían regalado, y á la voz de «¡Sancho, mi lanza y mi caballo!» comenzó á pensar en el cordón y en la manera de establecerlo. ¡No ha sido mal cordón para España y quizá para Europa la serie no interrumpida de desatinados actos cometidos por el Gobernador!

Tras de algunas disposiciones higiénicas de esas que debieran adoptarse en todo tiempo, si en este desdichadísimo país representaran los intereses de la salud pública lo que unas elecciones á diputados á Cortes, se estableció el cordón, se prohibió el embarque de mercancías y el despacho de billetes en la estación, volvióse, en una palabra, al sistema de represión y de aislamiento que el Gobernador proclamaba, de la propia suerte que si fuese el cólera una gavilla de bandoleros encerrada y á la defensiva en un caserío rural, ó una facción política rebelde parapetada en las murallas y dispuesta á resistir las apreturas de un formidable asedio.

Prescindiendo de otras consideraciones en las que más adelante entraremos, ¿no era de buen sentido, de sentido hasta vulgar, que si la población de Játiva epidemiada estaba abierta á toda comunicación desde el 20 de Marzo, el cordón, aun dentro del criterio del Gobernador, era tardío é ineficaz? Si muchos moradores de Játiva más previsores que el Gobernador habían abandonado su hogar, y esparciéndose por diferentes pueblos después de desarrollada la epidemia, ¿á qué conducía ahora el establecimiento del cordón? Esto siempre aparte de que los vecinos de Játiva entraban y salían, tomaban billetes en otras estaciones de la línea, y se trasladaban á donde querían llevados de su antojo ó de su necesidad.

Veamos de qué manera cumplió el gobernador sus deberes oficiales. La Ley orgánica de Sanidad prohíbe, por regla general, el sistema cuarentenario. Es decir, que lo condena en principio y añade que cuando circunstancias especiales aconsejaren algunas medidas coercitivas interiores, el gobierno dispondrá el modo con que deben ejecutarse. No es, pues, el acordonamiento una regla de conducta

aplicable á todos los casos, sino un caso excepcional en el que han de concurrir especialísimas circunstancias. ¿Concurrían estas en Játiva? Contesté por nosotros la opinión sensata del país.

Está ordenado también que no se oculte la existencia del cólera en una población porque conviene «inspirar al público confianza en las medidas oportunas de preservación y en la eficacia de los auxilios que á su tiempo deben prestarse, evitando así los perjuicios ocasionados por el descuido de los imprudentes y por la exajeración de los meticulosos. Cuando el público sabe que hay un riesgo positivo, se precave y obedece; así como cuando se persuade de que la Administración está vigilante, de que todo está prevenido para una buena asistencia y de que ha de encontrar los auxilios necesarios todo el que tenga la desgracia de ser acometido por la enfermedad invasora, se *conserva* la tranquilidad, se *rebace* el ánimo y se *evita* la emigración.» ¿Conocía el gobernador de Valencia la R. O. de 11 de Julio de 1866 recomendando las instrucciones que han de observar los gobernadores en casos de epidemias ó enfermedades sospechosas? ¿Por qué no declaró el nombre y el carácter de la enfermedad que reinaba en Játiva? Su objetivo no era otro que *acordonar*, y mientras acordonaba la ciudad de los Felipes el cólera asomaba ya en otros pueblos. Pues bien, Patilla, cruzado y vuelta á empezar. Aparece el cólera en Llanera, en Canals y en Alcudia, y cuando ya el mal ha empezado á cortar vidas y los habitantes han empezado á emigrar, cae sobre ellos la mano del gobernador y les impone el cordón. En breve se susurra que en Alcira se han presentado algunos casos de cólera y acto continuo queda la población acordonada. Tras el bollo el cozcorrón. ¿Creerá álguien en Europa que los vecinos de Alcira quedaron allí confinados y no salían de sus muros sin haber sufrido antes tres días de observación en un lazareto? Aun admitiendo que haya muchos tontos en Europa, y de fijo que los habrá, no hay uno solo que crea de buena fe que á través de los cordones puestos por el gobernador de Valencia no pasaba el que tuviese necesidad ó ganas.

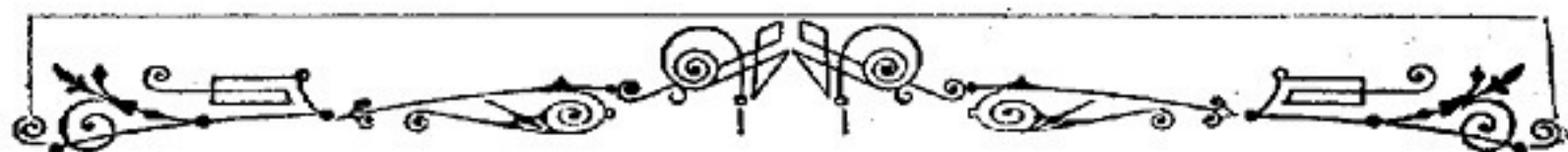
También ordenó el gobernador que en las estaciones de la línea de Almansa no se expidieran billetes á los que exhibieran patente de sanidad del pueblo de su procedencia. Y en esto no anduvo tan des-acertado el gobernador porque creó una industria nueva, no sujeta á tributación, la venta de cédulas sanitarias en las estaciones de la línea y al precio de dos reales.

Y llegamos al día 13 de Abril en que una mujer habitante en la pla-

za de Pellicers, é invadida del cólera el día antes fallece aquella tarde. Aquí de los instintos cordoneros ó acordonatarios del gobernador. Magnífica ocasión se le presentaba para desarrollarlos. Ahí es nada, acordonar el municipio de una capital cuyo radio se extiende desde el lago de la Albufera hasta Paterna. Esto no era factible, pero no por ello debía el gobernador abandonar su sistema. Puesto que no puedo con los grandes, se diría, me atreveré con los pequeños. Esto al menos denotará mi temple de ánimo y mi fortaleza de espíritu. Y con efecto, acordonó Sueca y Cullera y Bellreguart y buscando á su nombre empresas más grandes proyectó formar un cordón desde Alfafar á Mogente que comprendiera toda la zona que existe entre el mar y la vía férrea.

El bello ideal del dogma cristiano es la fraternidad universal. El bello ideal del gobernador de Valencia hubiera sido acordonar las razas y las naciones y los mares y los horizontes y el Universo todo.





## CARTA V

### Anarquía médica

Felicitábase en 15 de Abril la Junta provincial de Sanidad del *buen curso y poca importancia* de la enfermedad sospechosa. Aún no se pronunciaba la calificación de cólera-morbo-asiático. La ciencia oficial vacilaba mucho y algunas veces negaba. Muchas imaginaciones quedaron agotadas para largo tiempo en fuerza de estar siempre inventando concausas con las que relacionar la naturaleza de la enfermedad. La circunstancia de haberse desarrollado el mal en la comarca donde tiene su mejor asiento en España el paludismo y donde con mayor fuerza habían descargado los duros y recientes temporales del invierno, hizo que preferentemente se refiriera la causa de la enfermedad á profundas alteraciones y descomposiciones de las aguas, así de las que se mantenían encerradas en charcas como de las que producto de las filtraciones corrían por el subsuelo. Respetable es siempre la opinión de los hombres de ciencia cuando la sustentan honradamente y la apoyan sobre principios racionales y fundamentos sólidos. Pero irrita sobremanera ver á hombres que poseen un título académico y que por complacencia al poder á quien sirven, ó de quien reciben halagos, ó movidos por el resorte de pequeñas pasiones, se lanzan con todo el peso de su autoridad científica y con la autoridad tradicional de sus años á emitir teorías abstractas que pasan á ser temporalmente verdades en la opinión. Es necesario que trascurra el

tiempo y que la repetición de los hechos hable con su muda elocuencia para que la verdad impere y se sobreponga al error. Porque hay que decirlo muy alto; cuando la opinión se dejaba llevar de su instinto allá en los meses del invierno consideraba indubitable el advenimiento del cólera; pero cuando el cólera se hubo ya presentado, la opinión pública agitada por las encontradas corrientes del parecer de los médicos, se extravió lastimosamente. Otorgaban unos en absoluto que la enfermedad reinante en los pueblos de la Ribera fuese el cólera-morbo-asiático; otros afirmaban que era el cólera esporádico, quiénes que fiebres perniciosas de carácter coleriforme; algunos que simples fiebres palúdicas; otros que entero-gastritis y entero-colitis, y muchos, para singularizarse más, que una enfermedad nueva, la peste bubónica sin bubones. Todos estos diagnósticos se emitían en las reboticas, en los casinos, en las salas de espectáculos, en las calles más céntricas y concurridas de la población, y aquí de la triste y perversa condición humana! algunos de los pro-paladores de aquellos diagnósticos acusaban á otros de sus colegas de fantasear el cólera en fuerza del deseo que tenían de que dicha epidemia nos visitase.

Nosotros creemos que en los prodromos ó síntomas precursores de las epidemias sucede algo parecido á lo que pasa en los preliminares de los grandes trastornos sociales. La razón los presiente, los adivina, descubre claramente que se le echa encima un enorme cataclismo; quisiera impedirlo pero se reconoce impotente, la voluntad no alcanza á tanto y entabla consigo misma una lucha devoradora que la oprime, que la enerva y hasta que la destruye. No creemos que con esta explicación se justifique plenamente la conducta de una parte del cuerpo médico de Valencia durante el mes de Abril, pero la prohijamos por ser la que mejor parece dejar aquella vindicada.

Hemos dicho en otra epístola que el diagnóstico del cólera en sentir de los patólogos más eminentes es sencillísimo de hacer. Los médicos que dudaban aquí del diagnóstico formulado por muchos profesores de Valencia, de Játiva, de Alcira, de Algemesí, de Sueca y otros puntos epidemiados, y que negaban que la enfermedad reinante fuese el cólera morbo, habrían acertado, si trasladándose á la cabeza de los enfermos sospechosos hubiesen dado allí su opinión teniendo los síntomas á la vista y no como sucedió, teniéndolos á bastantes leguas de distancia y fuera del alcance de sus sentidos. Médicos, hubo que apoyaban su creencia de que dicha enfermedad no era el



cólera porque su marcha era muy *lenta*. Los que tal decían aparentaban ignorar que la propagación del cólera al comienzo de su invasión en un país es muy paulatina y que sólo cuando existen ya abundantes focos es cuando se extiende como una mancha de aceite sobre el papel. Regístrese la historia de las invasiones anteriores y se verá confirmada esta verdad. Además, si hacía pocos meses que el cólera morbo-asiático había sido importado de la provincia de Alicante á Beniopa, ¿no era lógico suponer que de Beniopa había sido importado á Játiva? ¿Cómo? ¿Por donde? ¿De qué manera? Esto convenía averiguar como dato probatorio concluyente para la ciencia, pero esto constituía, al propio tiempo que la identidad absoluta entre los síntomas que presentaban los enfermos y los asignados al cólera, la presunción fundadísima de que ésta y no otra era la enfermedad de que se trataba.

Obraran cuerdamente los médicos, entiéndase que nos dirigimos á una parte de la clase, y no se hubiese ofrecido el triste espectáculo de sus funestas discordancias, en punto de tan cardinal interés y que tan mal parada dejó su fama y buen nombre.

Si las autoridades negaban unas veces que la enfermedad reinante fuese el cólera, y en otras que la epidemia presentaba carácter benigno, y los médicos no estaban acordes en calificar la enfermedad, no habrá que extrañar que la opinión anduviese vacilante y extraviada sin saber qué rumbo seguir ni á qué lado quedarse.

Censurable fué por todo extremo la conducta que el vulgo observó después con algunos médicos de los que acudían á visitar á los primeros enfermos atacados de cólera, y no seremos nosotros ciertamente los que disculpemos aquél proceder; pero sí sobreponiéndonos un poco al afán de encubrir todas las demasías del vulgo con el manto de la ignorancia que es propia de su condición, nos remontamos á indagar el origen de aquellos actos reprobables, encontraremos quizá alguna parte de responsabilidad en los mismos facultativos que habían venido negando con insistencia que la enfermedad reinante fuese el cólera morbo asiático.

Discurriendo á nuestras solas sobre este mismo punto, se nos ha venido á las mientes preguntar: ¿qué idea tendrá de esta enfermedad un médico que desempeña un cargo oficial y que en plena Junta de Sanidad dice que «Valencia es *inmune* porque ha observado que los pequeños focos existentes en la ciudad no se han generalizado?» ¡Valiente inmunidad nos dé Dios! Pues si esto pensaba del cólera la Cien-

cia oficial, representada por uno de sus mejor retribuidos ministros, ¿qué había de pensar, decir y hacer el vulgo?

No sólo las clases más inferiores de la escala social y por lo tanto las más ignorantes, sino personas de reconocida ilustración y de muy recto sentido, dudaron, hasta muy avanzada en su curso la epidemia, que ésta fuese el cólera morbo asiático. Nada más natural, si se atiende á que todos depositamos en nuestro médico una fe profunda, y sus juicios arrancados de los conocimientos técnicos de su profesión los escuchamos como verdades brotadas del santuario de la Ciencia. Y aunque *errare humanum est* no creíamos que muchos médicos se equivocasen al asegurar que no era el cólera morbo la enfermedad que estaba reinando. Era disculpable tan sólo que vacilasen y dudasen respecto de la *naturaleza* del mal, pero no de su diagnóstico claro y bien definido.

Con esta actitud lograron muchos médicos menoscabar la autoridad de la clase, llenar de vapores la imaginación del vulgo y predisponer los ánimos en su contra tan profundamente, que á poco se hubiera manchado el blasón de esta ciudad con uno de esos crímenes que llevan la vergüenza y la ignominia al país, tenido por culto, donde se cometen.

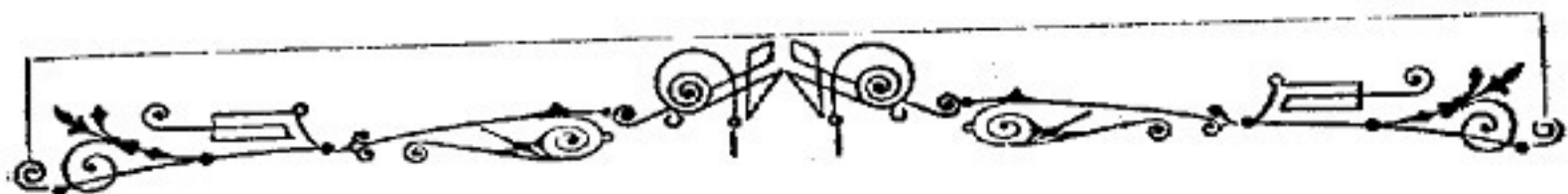
Agréguese á esto, que pronto comenzó á susurrarse, que algunos de los médicos que gastan más brillante vitola habían emigrado á puntos no epidemiados, que otros anunciaban que sólo visitarían á sus habituales clientes, y que la asistencia facultativa oficial estaba en mantillas, pues nada serio ni sólido había organizado y se comprenderá bien cuál era el estado de los ánimos en los comienzos de la epidemia en esta capital.

Por fortuna, los valencianos parecen ya una raza nueva en la historia, dotados de todas las virtudes cívicas de Esparta y de Numancia, y se reaccionaron súbitamente y al verse metidos dentro del peligro supieron afrontar con resignación heroica los embates del enemigo y vencerlo después con las armas de la caridad bendecidas y consagradas por la fraternidad cristiana.

¡Caridad, que brotaste con ardiente llama en el corazón de los médicos Rodríguez y Romera Otal; ¡bendita seas! Tu llevaste noche y día en *circunstancias azarosas* con los frutos de la ciencia al infeliz enfermo, pan al hambriento, ropas al desnudo, y consuelo al afligido. Que el nombre de tan preclaros patricios, como el de otros pocos médicos de esta ciudad, no se borre nunca del pecho de los valencianos

agradecidos. No se borrará porque es imperecedero el recuerdo del hermoso espectáculo embellecido por la ausencia del alcalde primero de la ciudad y del jefe del Cuerpo de Salubridad municipal, que Valencia ofreció al despedir para Galicia al uno y para Madrid al otro, á los insignes héroes de la campaña sanitaria tan brillantemente sostenida, entre otros, por los médicos Sres. D. José Rodríguez y don José Romera Otal.





## CARTA VI

### La trípode funesta

Habíamos entrado ya en el mes de Junio. Multitud de pueblos se hallaban acordonados. Una de nuestras más florecientes comarcas atravesaba una profunda crisis. Se había prohibido la exportación de mercancías desde la estación de Gandía, y los frutos tempranos y las legumbres primerizas que con tanta solicitud cultivan aquellos inteligentes labradores, no podían enviarse á los mercados sin previa desinfección durante muchos días. Se había prohibido la circulación de trenes entre Oliva y Denia.

El cólera, entretanto, seguía su marcha sin obstáculo ninguno. Burlándose de los cordones hacia su presentación en Burjasot á media legua de la capital y se extendía por todos los pueblos que en curso descendente toman sus aguas de la acequia de Moncada. En el interior de la ciudad ocurrían con frecuencia numerosos casos salteados en diferentes zonas. Ya no podíamos evadirnos de que el cólera se desarrollase entre nosotros. Lo teníamos dentro de casa y comenzaba ya á producir sus naturales estragos. Sin embargo, la epidemia no estaba todavía declarada oficialmente.

Así lo decía, el alcalde de Valencia en un bando que pasará á la posteridad para regocijo de gentes bien humoradas y entretenimiento de rebuscadores de documentos curiosos y extravagantes. Se encuentra nuestra ciudad hasta hoy libre del contagio, afirmaba con

mucho desparpajo el bueno del alcalde y añadía «en Valencia no existe *epidemia*, pues esta no la constituyen unos pocos casos aislados y de procedencia conocida.» Y aquí entra la parte cómica. »Sin desconocer, proseguía el joven alcalde en su bando, *el carácter providencial que reviste este singular hecho.*» Si la providencia se entera de esta inoportuna lisonja es probable que hubiera impuesto una fuerte multa al alcalde presidente del Ayuntamiento de Valencia.

Sin embargo, tampoco debería el alcalde fiar mucho en la Providencia que tan singulares hechos nos deparaba, porque á continuación dictaba algunas órdenes higiénicas vulgares de puro sabidas, una de los cuales nos recordaba á los alguaciles que en tiempos de Carlos IV dirigían la palabra al público en forma de pregón antes de comenzar las corridas de toros y cuya orden decía así: «Queda prohibido terminantemente arrojar á la calle perros, gatos ni otro animal muerto.»

Vamos á salir al paso de uno de los argumentos, tras de los que se han abroquelado para defenderse aquellos sobre quienes la opinión ha lanzado sus primeros tiros. «Nosotros ocultamos al principio de la epidemia el estado de la salud pública, por favorecer los intereses del comercio.» Que nos dispensen estos señores, pero esto no es exacto y nos dirigimos principalmente al Jefe del cuerpo de Salubridad municipal, de cuyos labios oímos en el Ateneo Mercantil aquella defensa, porque de ser esta sincera y fundada no se hubiese jactado de que con los recursos que él tenía á mano no se desarrollaría el cólera en Valencia, ni hubiese cometido la puerilidad de decir en plena junta de Sanidad,—según afirmó la prensa,—que Valencia era *immune*, porque los escasos focos que existían no se generalizaban y otra multitud de aserciones impropias del aplomo y gravedad que debe ostentar el hombre que tiene sobre su cabeza una inmensa responsabilidad ante el público.

¡Ah! que la conciencia es un roedor eterno que no cesa de clavar su diente en las partes flacas de nuestro espíritu, y el Jefe del cuerpo de Salubridad sabía perfectamente que la asistencia facultativa, para hacer frente á una epidemia no estaba organizada, que todo lo propuesto, era deficiente, mezquino, pueril y vano. ¿Casas de socorro? Sólo había una. ¿Hospitales? Uno provisional había establecido en un caserón antiguo muy distante de la ciudad.

Todo el servicio sanitario se hallaba centralizado en un punto. Aquella admirable unidad dentro de la variedad reclamada por algunas

escuelas políticas y tan adecuada en su aplicación á las poblaciones epidemiadas, era desconocida por completo en la teoría y en la práctica. Y eso que Valencia tenía ya establecido el sistema, contando como base la casa de Socorro. Se le hubiera ocurrido al más lerdo, siguiendo en esto el espíritu de las leyes, el consejo de la experiencia, y más que nada, esa rápida inspiración del momento que brota del fondo de las circunstancias como chispa arrancada al pedernal, ampliar la instalación de casas de Socorro, establecer una en cada parroquia ó en cada distrito, y en cada grupo de trastes ó barrios rurales, y nombrar el correspondiente personal para su servicio. Nada más ni nada menos. A esto quedaba reducida la misión del Jefe del cuerpo de Salubridad municipal. Dictar medidas higiénicas generales, eso lo hace el último secretario de aldea. No hay más que copiarlas de la ley de Sanidad ó de cualquiera de las muchas obras que corren en manos de los estudiantes. Sólo hubo una disposición propia del Jefe del cuerpo de Salubridad, y en esto le hacemos justicia, la de hacer correr un brazo de acequia por las cloacas, al mismo tiempo que los vecinos arrojaban grandes cantidades de agua á las letrinas. Pero esta disposición fué mal cumplida. Con esto y con impregnar la atmósfera con los vapores tóxicos de sustancias, que según la demostración científica, ninguna acción ejercen sobre el microbio, agente productor del cólera, creyó el Jefe del cuerpo de Salubridad municipal haber cumplido su misión.

Un hospital con camas para pocas plazas como el de San Pablo era insuficiente para las necesidades epidémicas de una capital de ciento cincuenta mil almas. Teniendo esto en cuenta ¿se había organizado oportunamente la hospitalidad domiciliaria?

Aun dentro mismo del hospital de San Pablo ¿se contaba con el personal facultativo necesario para asistir á los enfermos? ¿Bastaba un médico para atender al cuidado de cuantos coléricos allí se presentaren?

Si abandono é incuria grandes han reinado en la cuestión médico sanitaria, iguales han sido en intensidad y mayores en sus desastrosos efectos los referentes á la cuestión de Beneficencia. ¿Qué hizo en este ramo la alcaldía? Nada, absolutamente nada.

Por fortuna, Valencia ha hecho aplicación práctica del lema de una bandería política extranjera «*Itallia, fara da se*», y ha hecho de sí y por sí cuanto la Autoridad local hubiese debido hacer en cumplimiento de sus elevados é inexcusables deberes. Y han brotado por doquiera asociaciones benéficas, que bien por los fines peculiares de su instituto bien nacidas al calor de la caridad espontánea, han buscado asistencia

gratuita para los enfermos, han llevado el sustento á la boca de los menesterosos, han dado albergue y alimento á los huérfanos, han llevado el consuelo al ánimo de los afligidos y han mitigado con el bálsamo del amor al prójimo muchos y muy profundos dolores.

Bien decía un periódico local en 23 de Junio que en Valencia no *habla alcalde*. Harta razón tenía. El día 26 de Junio proponía el alcalde la instalación de un Lazareto y cuatro días después eran ya llevados á centenares al cementerio los cadáveres de los coléricos. Y para que se vea que hasta la inspección de los edificios donde se cobijan muchas personas, lo cual es un deber elemental y rutinario de los alcaldes en tiempos de epidemia estaba descuidado, citaremos el hecho de que en 27 de Junio se presentaba una comisión de vecinos de la calle de Sagunto á denunciar que en el Asilo de las Hermanitas de los pobres existía un terrible foco de infección, que allí se quemaban las camas de los que habían muerto del cólera dentro mismo del edificio y á las doce del día; que en aquella Santa casa reinaba tal desconcierto, que asilados buenos y enfermos eran llevados al Hospital de coléricos de San Pablo y que urgía poner al frente de aquella casa una persona de energía y de discreción. Ciertamente, debió ser todo lo que aquellos honrados vecinos dijeron, por cuanto ninguna persona autorizada lo desmintió, al menos que sepamos, y buen interés hemos tenido en averiguarlo.

¿Qué hacía entretanto el gobernador?. Seguir acordonando y seguir prohibiendo en las estaciones del ferro-carril la venta de billetes á personas que procediesen de puntos infestados. ¿Y qué sucedía? Que las gentes entraban y salían en las poblaciones epidemiadas, y que como en los mejores tiempos de Calomarde el escaso tráfico que había estaba confiado á la carretería, porque las empresas de las líneas férreas prestaban acatamiento á las órdenes del gobernador, y no admitían mercancías de pueblo donde estuviese declarado el cólera.

Un buen pensamiento tuvo el gobernador, y tal vez, por ser bueno no lo llevó á la práctica. Consistía en instalar varios hospitales provinciales, uno en Alfafar; otro en el punto medio del trayecto entre Alfafar y Mogente; otro en la masía del Oliveral; otro en Albuixech, otro en la carretera de Barcelona y otro en la carretera de Liria. Estos hospitales unidos á los de Benimaclet, Benimamet y Ruzafa y á una casa de socorro en cada distrito de la capital hubieran completado un plan de asistencia facultativa que hubiera honrado mucho á quien lo hubiese llevado á cabo. Y puestos ya casi en el camino de tributar

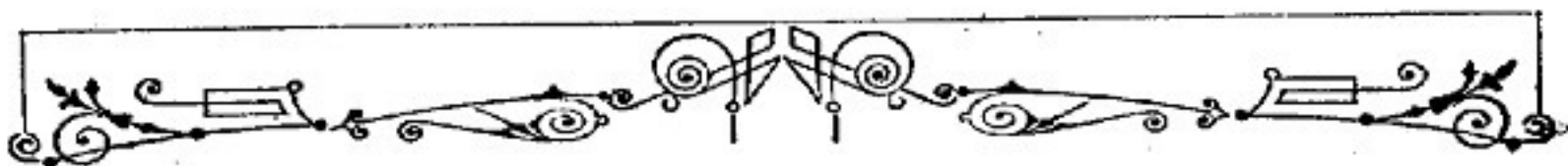
algunos elogios á las autoridades superiores civiles, siquiera por los proyectos que han tenido aun cuando no los hayan realizado, seanos permitido aplaudir y no lo decimos irónicamente, un detalle de su conducta durante la epidemia, que ha merecido de la opinión, equivocadamente en nuestro concepto muchas censuras, y es el relativo á no haber interrumpido ni el gobernador ni el alcalde, en los días crudos de la epidemia, su costumbre de pasear en carruaje por la Alameda. Naturalmente; en circunstancias tristes y fatídicas como aquellas, las autoridades, por mucho que se multipliquen, no tienen cerebro ni actividad bastantes para subvenir al sinnúmero de atenciones que pesan sobre los representantes del poder público. Pues bien, las gentes que veían en el paseo indefectiblemente todas las tardes al gobernador y al alcalde, deducían de esto que la marcha de la epidemia era cada día más favorable y por este medio sencillísimo y hasta cómodo, consiguieron las autoridades vigorizar el espíritu público, alentarle y ponerlo en mejores condiciones para afrontar los estragos que estaba produciendo entonces la epidemia colérica.

Continuaba el servicio sanitario centralizado en la Casa Consistorial del propio modo que si se tratase de la dirección de una batalla electoral y no conviniera apartar la mano del manubrio, para que la máquina funcionase con perfecta regularidad. Necesario fué que una parte de la prensa elevase su voz en demanda de una organización sanitaria ámpliamente descentralizada, para que en la sesión de 3 de Julio se emitiese la idea de crear *postas* ó casas de socorro de distrito y un campamento. En aquél infausto día ingresaban en el Cementerio más de trescientos cadáveres. Entonces fué cuando comenzó á proyectarse algo serio, racional y científico, en beneficio de la salud pública.

Si hubiéramos de hacer la crítica al menudeo de la conducta seguida por el Gobernador de la provincia, Alcalde de la ciudad y Jefe del cuerpo de Salubridad municipal durante la epidemia y antes de que se desarrollara ésta en la provincia, no encontraríamos palabras en el rico Diccionario de nuestra lengua. La Historia lo hará con la inflexible severidad de sus juicios, y de éstos sacarán provechosas enseñanzas las autoridades del porvenir, si no quieren caer en la profunda sima del descrédito público.

Nosotros que tenemos aún ante nuestros ojos la imagen de la muerte y del dolor producidos por la epidemia, no queremos remover sentimientos respetabilísimos, y al pensar en las mencionadas autoridades sólo pedimos para ellas *perdón* y olvido.





## CARTA VII

### Ferrán ante los profanos

Creemos todos con mucho acierto que, infortunadamente hasta hoy, la Ciencia médica carece de un remedio eficaz para curar el cólera. Menguada circunstancia que aumenta el horror con que miramos todos aquella enfermedad. Su sólo nombre suena en nuestros oídos como el eco de la maldición divina. Su aparición causa más espanto en las poblaciones que un codicioso conquistador que las entrara á saco. Sombras de muerte y lágrimas de duelo la acompañan por doquiera. A su presencia se quebrantan los intereses, se rompen los lazos de la familia y se destruye el concierto humano. Su desaparición deja en pos dilatada y fúnebre estela de luto y de miseria.

El mortal predestinado á librarnos de tan aflictiva calamidad, ocupará uno de los sitios de honor reservados á los elegidos en el soberbio alcázar de la gloria. Comienza ya á dibujarse en el horizonte de la realidad sensible la silueta de ese hombre. A través de la espesa niebla que lo circunda, el instinto de la muchedumbre que suele convertirse en la razón de los sabios, descubre un rayo de esperanza consoladora. ¿Se perderá éste en el éter del desengaño? El tiempo, ese gran descubridor de verdades nos lo dirá. Entretanto, ¿qué debemos hacer? ¿Encenderemos la hoguera de nuestras pasiones para que los remolinos del humo perdiéndose en revueltas espirales por los aires formen densas nubes que oscurezcan el resplandor de la luz? No, que esto sería innoble, inhumano é injusto. Si aquél rayo de luz es emanación celeste del santuario de la verdad él se filtrará por su propia

fuerza en el seno de nuestras inteligencias, y si es un vano espejismo, un mero efecto de falsa óptica, se disipará cual los celajes del sol poniente cuando la noche extiende su manto sobre la naturaleza.

¿Cuál debe ser, pues, la actitud de los profanos frente á la vacuna contra el cólera? Veamos.

De Tortosa llegan nuevas anunciando al mundo que se ha descubierto un medio de preservación contra el cólera. Los hilos telegráficos hacen las veces de estrella que guía á los magos deseosos de quemar incienso y mirra en aras del nuevo Salvador. No es este el prometido de las gentes, que la duda en el Mesías que nos había de redimir del cólera se halla infiltrada en todos nosotros, y la esperanza de hallarlo se entrevee sólo muy debilmente allá en un porvenir lejano.

¿Quién es el inventor de esa vacuna contra el cólera? Jaime Ferrán. Al saber esto, el movimiento natural, instintivo de la opinión debía revelar la duda, pero no la negación. Compréndase bien la distancia que media de una á otra. Alcanzamos por fortuna unos tiempos en que no es prudente ni cuerdo negar sistemáticamente todo aquello que rebasa la esfera de nuestros conocimientos. Todos los días leemos en los periódicos la noticia de algún descubrimiento que entraña un progreso y que habrá de reportar seguro beneficio á la humanidad bajo alguno de sus múltiples aspectos. El desarrollo de las ciencias, especialmente de las naturales, es tan rápido y tan continuo, que nos arrastra á una transformación completa en la manera de ser de las sociedades actuales. No se sabe, no se puede limitar en el tiempo y en el espacio á donde nos conducirá esa voragine de nuevos conocimientos que nos envuelve por todas partes. Hoy es viejo lo que ayer revestía aún el color y la frescura de la juventud. Los problemas tenidos por insolubles suelen trocarse de un sol á otro sol, en fáciles demostraciones al alcance de todas las inteligencias.

Aparecen, es cierto, en medio de esta avalancha de reales y positivos progresos, tentativas laudables de llegar á un fin ignorado, y que se estrellan ante la realidad de la impotencia racional en encontrar el camino. Mas en este caso ¿dónde está la verdad? ¿Cómo se la busca y como se adquiere? ¿De qué medios se valdrá nuestra razón para descubrir con tino cierto la verdad y separarla del error? En cada época de la historia ha predominado un criterio sobre este punto. ¿Cuál es el más propio y adecuado? Conteste quien se atreva á éllo. Nosotros entendemos que cuando se trata de fenómenos de la naturaleza, la re-

petición constante y uniforme de un hecho dentro de condiciones idénticas, es la única fuente de verdad donde debemos inspirarnos, y para que el hecho se revele y se muestre en toda su integridad, es necesario proporcionarle los medios congruentes á su realización.

Ferrán dice haber descubierto una vacuna contra el cólera. Sería insensato creerlo á *priori*, sin haber estudiado y probado los efectos de su preconizado preservativo, pero más insensato sería aún negarlo rotundamente, sin tener para éllo fundamento ninguno. En este caso, la duda es perfectamente racional y es lógico sustentarla. Ahora bien, la duda no es más que un estado transitorio y precisa que la razón entre en la vía inductiva para irse acercando al conocimiento de la verdad. Los primeros pasos en esta senda debieron ser para nosotros los siguientes: ¿quien es Ferrán? ¿qué antecedentes le abonan? Averiguado ésto resulta que es un médico que está entregado de lleno al estudio de las ciencias naturales y que algunos de sus trabajos son premiados con calificaciones honrosísimas por ilustres Academias; y que en concurso público y previa la aprobación de un estudio unánimemente aprobado por un tribunal científico, es comisionado como médico-naturalista por el Ayuntamiento de Barcelona para ir á estudiar el cólera en los hospitales de Marsella y de Tolón. Prosigamos nuestra investigación. Koch ha logrado aislar el microbio agente productor del cólera.

Si, pues, la causa es conocida, no tardará mucho la ciencia en descubrir el remedio. ¿Será éste algún específico tan eficaz como la quinina en el tratamiento de las afecciones palúdicas? ¿Será alguna vacuna? ¡Quién sabe! Para creer en esto último hay que tener en cuenta que, según pública voz y fama, Ferrán es un sabio microbiólogo, conoce perfectamente todos los trabajos de Pasteur, y está aplicando hace más de dos años en Tortosa la vacuna contra la *bacteridia* que padecen los ganados. Luego no es un ser vulgar, un embaucador, un Dulcamara que ha inventado una droga para sacar con ella el dinero del bolsillo de los incautos. Es por lo menos un hombre de reconocida ciencia, muy respetable por su saber, y que del fondo de sus retortas y de la platina de sus microscopios, ha sacado una invención que juzga que ha de precaver del cólera. Podrá equivocarse y ser perfectamente estéril su aplicación. ¿Pero quién sabe si acierta? ¿A quién recurrir para que emita *la verdad* sobre este punto? ¿A la ciencia oficial? Ya sabemos todos con cuánta facilidad yerra y cuán propicia se muestra siempre á esquivar toda innovación, á encerrar en el arca de sus afir-

maciones ninguna verdad nueva, condición que no es privativa de las modernas Academias, sino propia y peculiar de la ciencia oficial de todos los tiempos. Porque en resumen ¿á qué se contrae bien depurada la historia de la humanidad? A la lucha incesante, perenne, inextinguible entre el principio que se levanta lleno de vigor y de lozania, y el principio decrepito y caduco que lucha y hace desesperados esfuerzos para que sus raíces esparcidas por toda la sociedad, se mantengan asidas al suelo para no caer del lado á que lo inclina la ley fatal del progreso humano.

La idea nueva ha encarnado siempre en el cerebro de un genio y antes de aposentarse en el cerebro de los demás, ha necesitado de esfuerzos supremos, de luchas gigantescas que han consumido á veces las fuerzas físicas, si bien la idea ha quedado depositada en alguna inteligencia, como queda el polen depositado por alguna mariposa en el cáliz de las flores.

De modo que en todos los tiempos de la historia ha habido siempre quien por algunos momentos, al menos, ha tenido él solo razón contra todo el resto de la humanidad. ¿Porqué no ha de ser Ferrán uno de ellos?

Prosigamos nuestra investigación. ¿Habrá meditado bien Ferrán sobre su invento? ¿Cómo se muestra tan convencido de lo que dice? La verdad es que Ferrán ya en Marsella se manifestó acorde con Koch, en que un *microbio* era la causa productora del cólera, y que aisló estos seres extraídos de una entraña de los coléricos difuntos, y que corroboró aquella opinión con repetidos y minuciosos experimentos. Pero se nos ocurre á los profanos, si el *virgula* es la causa del cólera ¿no será peligroso introducirlo en nuestro organismo? Mas en seguida nos contestamos, el Sr. Ferrán ha obrado en este asunto con la cordura propia de los sabios; ha hecho numerosas experiencias en conejillos de Indias, y cuando se ha convencido plenamente de la inocuidad de las inoculaciones, se ha decidido á aplicarse éstas en sus brazos y se ha confirmado una vez más en su creencia, y ésta ha sido tal y tan profunda, que ha inoculado á sus amantísimos padres y á su idolatrada esposa y á sus tiernos hijos, que son pedazos arrancados de su alma. Y nos decimos lógicamente; si la más ligera sombra de duda empañara su convencimiento ¿cómo era posible que hubiese sacrificado cuanto de más caro tiene en el mundo, á la prueba incierta de una vaga experiencia?

Supimos más los profanos; que Ferrán había inoculado á varios de

sus colegas de Tortosa, y á muchos de sus amigos y á bastantes notabilidades médicas de Barcelona, y todos certificaban de la inocuidad de las inoculaciones. Luego no serían éstas ofensivas; no tendrían nada de peligrosas.

Además, sabemos que el Doctor Ferrán ha inoculado á multitud de personas notables de Valencia, y que está vacunando á los habitantes de Alcira y nadie se queja, nadie se arrepiente, ninguno protesta. ¿Luego será evidente que la inoculación anti-colérica es inofensiva?

Mas de repente se oye un zumbido, un rumor como de aleteo de insectos que se agitan sobre nuestras cabezas. Son los que afirman que las inoculaciones pueden ser perjudiciales. De nuevo nos asalta el feroz enemigo de la duda. ¿Qué pensar? ¡Ah! la solución es clara. Para los que tengan un criterio positivista, los hechos constantes y repetidos ofrecen prueba plena, mas para los que se inspiran en el criterio de las corporaciones sabias, habrá necesidad de que estas pronuncien su veredicto. Ya lo conocemos, ya ha fallado la comisión oficial que las inoculaciones son inofensivas.

Para nosotros los profanos, pues, era ya de sentido recto creer y creer firmemente en que la primera parte del problema estaba resuelto. ¿Qué nos importa la opinión de los escribas y fariseos ni de toda esa raza de contradictores sempiternos, que después de todo son necesarios para el mantenimiento del equilibrio del progreso de las sociedades? Todo lo creado incluso la polilla, desempeña una función necesaria á los fines de la naturaleza, y ésta posee designios que en vano escruta nuestra limitada inteligencia.

Y entramos de lleno los profanos en el estudio de la segunda parte del problema; ¿son eficaces las inoculaciones? Volvamos á nuestro punto de partida. ¿Recurriremos á la Ciencia oficial? No es fuente de criterio absoluto. Ha quedado demasiado vivo en todas las imaginaciones el recuerdo del Concilio de Salamanca condenando á Colón, y no se olvidará fácilmente el de la Academia de Ciencias de Londres, dictaminando contra la ley de los para-rayos. ¿Nos acojeremos á la ciencia privada, á la que se esconde en los gabinetes de estudio y no viste la librea de los servidores del poder? Tampoco; sus juicios podrán disipar algunas tinieblas, ilustrarnos en el conocimiento de las teorías microbiológicas más modernas, iniciarnos en el concepto fundamental sobre que descansa el sistema de las vacunas, ¿pero decidir y fallar acerca de la eficacia de las inoculaciones? Eso, ni ellos, ni Ferrán, ni

nadie. No existe más que una autoridad inapelable, infalible, los hechos y sólo los hechos, no producidos al acaso una vez sino muchas y repetidas veces en dilatada serie hasta que constituyan un cuerpo sólido de convencimiento indestructible. Esos hechos deben realizarse en el cuerpo humano. Debe quedar, pues, al libre albedrío de cada cual, el someterse ó no á la inoculación, según la fe mayor ó menor, que tenga en el procedimiento, ó según el grado de abnegación que posea para prestarse á una experimentación de resultados tan interesantes á la humanidad.

Pero vemos que el poder público continúa entrometiéndose en el litigio y obligando á las partes á que retiren la demanda y á que abandonen su defensa. Esto es ilegal, esto es tiránico, esto es la continuación de las persecuciones científicas que han terminado en las mazmorras y en las hogueras de la Inquisición; esto en pleno siglo XIX es un sarcasmo á la libertad de la Ciencia hecho con mueca de audaz y divertido bufón.

Nosotros, los profanos, encerrados en la concha de nuestro ardiente amor á la verdad, seguimos adelante en nuestro camino sin hacer caso de los graznidos de los cuervos que cruzan por encima de nuestras cabezas, ni de los ladridos de los gozquecillos que nos salen al paso y se enredan por entre nuestras piernas. Nosotros vamos á buscar directamente los hechos para apreciar sus resultados y deducir sus consecuencias. Sabemos que millares de habitantes de Alcira están inoculados. Oigamos lo que dicen. Pero de nuevo la duda penetra en nuestra mente como cierzo sutil de invierno. Los habitantes de Alcira inoculados, ¿confesarán la verdad? ¿Serán bastante libres para expresar su convencimiento, ó estarán como miseros siervos de la gleba sujetos á la voz y á la acción de algún señor feudal? Prosigamos la investigación. En Alcira se han inoculado personas de todos los rangos, de todas las profesiones y de todas las creencias políticas y religiosas. ¿Cabe la unidad completa de acción en éstos, para someterse por mudo y recíproco concierto á someterse al antojo de una autoridad? En el estado de fraccionamiento y de antagonismo en que se hallan hoy divididos los españoles por efecto de las luchas políticas anexas al periodo de renovación social que atravesamos, ¿cabe imaginar ni suponer que una sola persona tenga como aprisionada en su mano la voluntad de todos los alcireños? ¿No habrá entre todos uno que tenga su conciencia emancipada? Creer lo contrario sería absurdo.

Nosotros no podemos creer en ello. Pues si alcaldes y jueces y

curas párrocos, y abogados, y médicos, y notarios, y comerciantes, y propietarios, y obreros, y mendigos, reconocen, confiesan y proclaman que las inoculaciones preventivas contra el cólera son eficaces, ¿podremos dudarle? Honradamente no, pero se trata de un asunto muy grave y en él nuestra suspicacia no reconoce límites. Podría haber llovido sobre Alcira un cúmulo de circunstancias tales, así en el orden físico como en el moral, que hubiesen producido una verdadera alucinación de los sentidos en los cultos é ilustrados habitantes de aquella población. Suspendamos un poco la marcha, que es mejor caminar despacio que andar entre tinieblas. Aguardemos á que otro pueblo comience á sufrir los efectos de la experimentación. Aparecen pronto Algemesí, Benifayó, Catarroja, Masanasa, Sueca, Villanueva de Castellón, Albaida, Adzaneta, Bélgida, Montaverner, Gandía, Bellreguart, Rafelcofer, Cheste, Chiva, Vall de Uxó, Alcalá de Chisvert, Castellón de la Plana, La Unión, Chinchilla, Albacete y otras muchas poblaciones. La distancia que separa á unas de otras, las distintas influencias de todo género á que están sometidas, harán que no quepa entre sus habitantes previo y mutuo concierto para falsear su conciencia y hacer que depongan en aras de un infame interés la más vilipendiosa de las mentiras. Informémonos, pues, del espíritu que reina en aquellas poblaciones. En todas, absolutamente en todas, la opinión en favor de las inoculaciones es unánime. En algunas llega el entusiasmo por Ferrán hasta el extremo de deificarlo, y en otras la sangre árabe enardecida en sus venas les arrastra á decir que si el problema de la inoculación tuviera que resolverse en el campo de la fuerza y entre bandos contrarios, ellos empuñarían el lábaro de la vacuna contra el cólera y se lanzarían con armas á la pelea. ¡Esto es ya remontar la fé á la altura de los creyentes que espiran en la cruz del martirio! Esto revela ya que en el fondo del experimento de las inoculaciones sobrenada algo grande, algo positivo, algo que se impone á la conciencia como se imponen siempre las verdades demostradas en la ciencia y en los hechos.

Los profanos comenzamos á creer en la eficacia de las inoculaciones preventivas contra el cólera. Nos rendimos avasallados delante de esa ufana y soberbia matrona, cuyo granítico pedestal lo forman los «hechos consumados.» Porque hechos consumados son los que sin protesta ninguna se nos cuentan de todas las poblaciones donde existen personas que están vacunadas, y porque hechos consumados son esas estadísticas que, firmadas por alcaldes, jueces municipales, curas.

párrocos y médicos, se remiten hoy á la Academia de Ciencias de Paris y al Congreso internacional de Amberes. Mas dejemos que por última vez asalte la duda los muros de nuestra convicción no bien consolidada. Los alcaldes, los jueces, los curas párrocos y los médicos, ¿confesarán espontáneamente la verdad? ¿no pondrán su firma y sello al pié de aquellos documentos bajo una presión venida no sabemos de dónde? Razonemos tranquilamente. Los alcaldes dependen del gobernador; el gobernador los propone al gobierno en determinadas poblaciones y en las restantes los sostiene con su influencia. ¿Habrà el gobernador torcido con su vara de autoridad la conciencia de los alcaldes? No parece probable. Los jueces municipales deben su nombramiento al poder. ¿Habrà tenido éste voluntad y fuerza para doblegar la conciencia de aquellos funcionarios? No parece creíble. Los curas párrocos que tienen la misión de propagar la moral y de practicarla, ¿serán capaces de claudicar la fe que han jurado en los altares? ¿sustituirán la verdad, que es un destello de Dios, por ese despreciable ídolo de barro que se llama la mentira? Los médicos, esos otros sacerdotes de la humanidad, ¿habrán arrastrado su toga por el lodo á cambio de un puñado de céntimos? El clero de la parroquia de Santa Catarina de Alcira, ¿habrá falsificado su estadística de los óleos administrados á enfermos atacados del cólera inoculados y no inoculados?

Malhaya si el deseo de inquirir la verdad nos ha llevado á los profanos al terreno de presentar como uno de los términos de nuestra inducción la *posibilidad* de que personas dignas, honradas y de íntegra conciencia, cediesen torpemente á ruines y despreciables halagos ó á bajas y viles amenazas.

De modo, que en concepto de los profanos, lo legal, lo moral y lo justo, sería que sin coartar la libre acción individual se vacunara contra el cólera quien quisiere, dejando á la administración pública que formara con severa imparcialidad oportunas estadísticas, á fin de que los hechos pregonando con su resonante voz por todos los ámbitos del mundo la bondad de las inoculaciones preventivas llevaran á la humanidad un consuelo y un remedio, que necesita hoy con tan imperiosa prontitud como el náufrago, entre las procelosas olas, el cable que le ha de sacar á la salvadora playa.

Carísimo doctor, hemos concluido, pero preveo que á vuestro perspicaz ingenio se le ocurrirá formular esta pregunta; «si la eficacia de la vacuna contra el cólera está probada por múltiples y bien depu-



rados hechos, ¿qué sucederá á los que cegados por las pasiones, en vez de aguardar el resultado de los experimentos, han entorpecido estos y combatido con toda la saña de sectarios indios las inoculaciones anticoléricas?» En mi entender, el torcedor del remordimiento afligirá la conciencia de éstos por toda la vida y recibirán después sobre sus huesos la maldición de la historia.

**FIN**



# ÍNDICE

---

	<u>Páginas.</u>
CARTAS Á UN DR. YANKÉE. . . . .	I
CARTA I. —La ciencia oficial. . . . .	3
CARTA II. —El régimen cuarentenario. . . . .	8
CARTA III. —Los falsos émulos. . . . .	14
CARTA IV. —El gran acordonador. . . . .	20
CARTA V. —Anarquía médica. . . . .	26
CARTA VI. —La tripode funesta. . . . .	31
CARTA VII.—Ferrán ante los profanos. . . . .	36

